

jarles en libertad para que lo hiciesen, teniendo con esto un pretexto honroso para volver á Europa, toda vez que el partido que le habia llamado quería volver á sus instituciones republicanas.

Dice el conde Kératry que el ministro D. Teodosio Láres y el general D. Teodoro Marquez fueron «los que excitaron á Maximiliano á que partiese para Querétaro, esperando así hacerse los únicos dueños de la situacion, despues del desastre probable del príncipe;» pero esa ambicion de mando que les supone sin más fundamento que su ofensiva sospecha, es de todo punto injusta. Sabido es por todos los mejicanos de los diversos matices políticos, que el corazon de Don Teodosio Láres era ajeno á toda aspiracion á puestos elevados; y por lo que hace al general Marquez, ya hemos visto que léjos de anhelar quedarse en Méjico, representando la persona del emperador, pidió que le llevase á la campaña, sabiendo muy bien que en el descalabro de Maximiliano iria el suyo, en caso de una catástrofe.

La determinacion del jóven emperador fué hija de su caballerosidad únicamente.

Maximiliano desde que los franceses salieron de la capital, visitó personalmente las fortificaciones levantadas en ella y vió el material de guerra con que contaba la plaza. Al mismo tiempo que se ocupaba en examinar cuanto correspondía á la defensa de la ciudad, ordenó que se retirasen á Méjico las cortas guarniciones de Toluca, Cuernavaca y Pachuca. Para proteger la retirada de la fuerza que guarnecía la primera de estas tres últimas poblaciones, hizo salir al general D. Ramon Tabera

de la capital, pues en las diez y seis leguas que hay de un punto á otro existen sitios de difícil paso en que las tropas republicanas podían hallarse situadas. El general Tabera desempeñó con acierto la empresa que se le habia confiado, muy especialmente en el imponente punto del Monte de las Cruces. En ese accidentado sitio le salió á

1867. impedir el paso hácia la capital, el entendido  
Febrero. y valiente general D. Francisco Velez que, como tengo referido, se habia separado de las filas conservadoras cuando se proclamó el imperio y habia permanecido sin mezclarse en la cosa pública hasta la marcha de los franceses. El encuentro entre las fuerzas que acababa de organizar Velez y las imperialistas mandadas por Tabera fué terrible; pero las acertadas disposiciones del segundo dieron por resultado que la guarnicion de Toluca llegase á Méjico con todo el pertrecho de guerra que pudo llevar de la poblacion que habia evacuado. Efectuada la desocupacion de la plaza, tomó posesion de ella el general republicano D. Vicente Riva Palacio.

Poco despues de la accion verificada en el Monte de las Cruces, el general D. Francisco Velez se dirigió con sus fuerzas á Toluca, á ponerse á las órdenes del general D. Vicente Riva Palacio. Ambos se ocuparon en la expresada ciudad de organizar las tropas y de proveerlas de todo lo necesario para continuar la campaña.

Entre tanto el general imperialista D. Leonardo Marquez trabajaba con asiduidad en reunir las fuerzas posibles en la capital para dejarla bien asegurada, y poder formar una corta division que marchase á Querétaro bien bajo su mando ó de otro jefe que dispusiese el emperador,

bien ajeno de pensar que el mismo soberano fuese el que llegara á ponerse á la cabeza de ella. Siendo apremiantes las circunstancias, el general D. Leonardo Marquez dispuso que el batallon del 15° de línea que estaba de guarnicion en Puebla, y en el cual tenía puesta toda su confianza el general D. Manuel Noriega que tenía á su cargo la defensa de aquella plaza, pasase á Méjico, con su pundonoroso coronel D. Juan C. Oronoz.

Conociendo que la insignificante fuerza que quedaba en Puebla no bastaba á la defensa de aquella importante ciudad, D. Leonardo Marquez, como general en jefe que tenía que asegurar todo el territorio que formaba la comprension de su mando, en las instrucciones que envió al expresado general D. Manuel Noriega, le prometió que, en caso de verse amagada la ciudad de Puebla por tropas republicanas, tuviese la certeza de que iría él mismo en auxilio de la plaza. El emperador Maximiliano, á quien

1867. D. Leonardo Marquez envió el 3 de Febrero, Febrero. para que las examinase y viese si merecían su aprobacion las instrucciones que se disponía á enviar al general D. Manuel Noriega, las consideró convenientes. No encontrando en ellas nada que no estuviese de acuerdo con su opinion, le contestó el día siguiente 4 de Febrero, en una breve carta estas palabras: «Devuelvo á V. las instrucciones al general Noriega, que me parecen excelentes; por consiguiente, puede V. enviárselas cuanto antes.»

Mientras el general D. Leonardo Marquez, en aquellas angustiosas circunstancias en que era preciso formar á la vez y prontamente ejército y hacienda, organizaba, hasta

donde era posible, la defensa de la capital y la formacion de la corta columna que debía salir para Querétaro, el ministro de hacienda luchaba con las dificultades de conseguir dinero para la marcha de esa misma columna. La falta de numerario en las arcas del gobierno era casi absoluta; y el expresado ministro de Hacienda no hubiera acaso conseguido la suma necesaria para realizar la marcha de la corta fuerza, á no haberla pedido en calidad de préstamo.

Dispuesto cuanto era necesario para la partida de la columna, el emperador Maximiliano tomó la determinacion de ser él quien marchase con ella á Querétaro. Entonces fué cuando llamó al general D. Leonardo Marquez, Lares, Lacunza y á los más caracterizados personajes públicos, para hacerles saber á las ocho de la mañana del 11 de Febrero, como he dicho, su resolucion de marchar á ponerse al frente del ejército en el interior.

La salida quedó dispuesta para el día 13 muy temprano. Con efecto, á las siete de la mañana la columna se puso en marcha con el emperador Maximiliano á la cabeza. Iba á su lado el general D. Leonardo Marquez, que mandaba directamente la columna. Acompañaban al soberano, el ministro de gobernacion D. Manuel García Aguirre, abogado instruido, hombre honrado, de ideas religiosas, de distinguidos modales, muy adicto al emperador y justamente apreciado en la sociedad mejicana; el coronel D. Pedro J. Ormaechea y teniente coronel don Agustin Pradillo, ayudantes de S. M.; el doctor D. Samuel Basch, médico de Maximiliano; D. José Blasio, secretario, y algunos camaristas y mozos de estribo.

El emperador se propuso hacer todo el camino á caballo, y montaba un arrogante corcel, pinto, con silla mejicana; vestía casaca de general, sin charreteras, pantalón oscuro; bota fuerte hasta la rodilla y sombrero ancho, de ala grande, llamado *jarano*, propio de la gente de campo de aquel país, que es comun á todos al montar á caballo, y muy propio para evitar los rayos abrasadores del sol. Sus armas eran una espada que la llevaba colgando de vistosos cordones que pendían de un hermoso cinturón, y dos pistolas giratorias de seis tiros, colocadas en el arzon de la silla. En la mano llevaba un telescopio de campaña muy bueno, pero sencillo en su adorno.

Las tropas de que se componía la corta division, eran las siguientes: ochenta hombres de artillería entre soldados y trenistas, con doce cañones: Infantería; cuatrocientos hombres de Guardia Municipal de Méjico, doscientos cincuenta hombres del 14.º batallon de línea, cuatro compañías del batallon 15.º con cuatrocientos hombres, y una compañía de auxiliares de Tacubaya con ochenta y dos hombres. Caballería: veinte y tres hombres del 4.º escuadron del Regimiento de la Emperatriz, un piquete de cuarenta hombres del Regimiento de Húsares, cien del escuadron de la Guardia Municipal, ochenta y cuatro del escuadron del 7.º Regimiento, ochenta del escuadron del 9.º Regimiento, y cuarenta y tres de la Guerrilla Garces.

La fuerza total de la columna, como se ve, se componía demilquinientos ochenta y dos hombres de las tres armas (1)

(1) Sufre una equivocacion el apreciable escritor D. Pedro Pruneda en su *Historia de la guerra de Méjico*, al decir que la division se componía de seis mil hombres.

La division se componía de sólo tropas mejicanas. Las pocas austriacas que habían quedado al servicio del imperio, las dejó formando parte de la guarnicion de la capital. El emperador quiso manifestar con este rasgo, que tenía suma confianza en el valor y la lealtad de los mejicanos. Fué un acto noble y digno de su grandeza.

El general D. Ramon Tabera quedó encargado del mando militar de Méjico.

La columna imperialista salió de la capital llena de entusiasmo al ver marchar á su frente al soberano.

No bien había andado la division tres leguas, cuando vió que una fuerza republicana que ascendía á seiscientos hombres, le esperaba en la hacienda de la Lechería para disputarle el paso, situada en ventajosas posiciones. El jefe que se encontraba al frente de esa fuerza, era D. Catarino Fragoso. Habiendo abandonado con ciento cincuenta hombres las filas juaristas en los primeros días de Febrero de 1864 para servir al imperio, había vuelto, más tarde, á sus antiguas banderas para combatir por la

causa republicana. El general D. Leonardo <sup>1867.</sup> <sub>Febrero.</sub> Marquez, al ver las posiciones que ocupaban sus contrarios, destacó una fuerza sobre ellos. La resistencia que la fuerza del jefe republicano opuso, fué corta, y habiendo sido puesta en dispersion, la columna imperialista continuó su marcha, sin haber tenido más pérdidas que la de un soldado muerto y cinco heridos.

Sin más novedad que la referida, el emperador llegó á Cuantitlan, que dista siete leguas de Méjico, donde pernoctó. D. Leonardo Marquez dirigió desde este pueblo al ministro de la guerra el parte en que le refería la escara-

muza tenida, y la noticia se publicó al siguiente día 14 en el *Diario del Imperio*.

El emperador Maximiliano tuvo el sentimiento de encontrar en la expresada poblacion de Cuantitlán un dragon de su division, perteneciente á la Guardia Municipal, colgado de un árbol del atrio de la iglesia, lleno de heridas, que estaba ya espirando. En el instante dispuso que se le atendiese; pero habiendo muerto á poco, se le dió digna sepultura.

Poco despues de la media noche se reunió al emperador el general D. Santiago Vidaurri, que había salido de Méjico con una corta escolta, á las cinco de la tarde del mismo día 13. Llevaba en su compañía al principe D. Felix Salm Salm, aunque sin empleo en el ejército, que le había suplicado le permitiese ir con él, pues anhelaba encontrarse en campaña.

El siguiente día 14 se continuó la marcha sin novedad importante, pernoctando la division en Tepeji del Río. Igualmente tranquila y sin obstáculo fué la jornada del 15, cuya noche la pasó la columna en San Francisco Sotomaniquilpan. El 16 se emprendió la marcha desde este punto á Arroyo Zarco; pero las fuerzas republicanas, al mando de D. Catarino Fragoso y de Martinez, se propusieron oponerse al paso de sus contrarios en un punto ventajoso. Con este objeto se situaron en bastante número en las alturas que flanquean el camino, en el sitio conocido con el nombre de Cuesta de Pajaritos.

Eran las once de la mañana cuando los exploradores imperialistas dieron aviso de que las tropas republicanas, en número muy alto, ocupaban las ventajosas posiciones

que dejó referidas. El general D. Leonardo Marquez, que se hallaba al lado del Emperador, dispuso inmediatamente  
 1867. sus tropas, y destacó á la *guerrilla Garces* y  
 Febrero. á una fuerza de caballería al mando del comandante Malburg sobre sus contrarios. Los jefes republicanos Fragoso y Martinez, habiendo cambiado de pensamiento, en vez de oponer la resistencia que los imperialistas esperaban, se retiraron con su gente hácia la montaña despues de una ligera escaramuza en que sufrieron la pérdida de algunos hombres que murieron en la ligera accion, y la de varios soldados que fueron hechos prisioneros. Estos fueron muy bien tratados por los vencedores, sin que despues del triunfo se diese el triste espectáculo de ningun fusilamiento (1).

(1) Incorre en un notable error el principe D. Felix de Salm Salm, al asentar en sus *Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, que «el general Marquez quería fusilar en el acto á los prisioneros; pero que el Emperador lo prohibió,» mas que á pesar de esta prohibicion «corrió la voz de que Marquez les había fusilado en secreto durante la noche.» Es verdaderamente sensible tener que hacer rectificaciones á lo asentado por otros escritores; pero la verdad histórica lo exige así, y sólo por amor á ella me atrevo á hacerlas. El general Marquez no podía indicar al Emperador si quería ó no fusilar él á los prisioneros, sin que el soberano, que era el jefe principal, le hiciese alguna pregunta. Esta no le fué hecha por el Emperador; y, en consecuencia, teniendo superior, no pudo haber lugar á que el monarca le prohibiese que fusilase á nadie, puesto que Marquez no podía dar órden para ello, cuando allí no era más que un general que mandaba la columna, pero cuyo jefe supremo, y á quien, por lo mismo, estaba subordinado, era el Emperador. En cuanto á lo que dice de que «corrió la voz de que, sin embargo de la prohibicion, Marquez les había fusilado en secreto durante la noche,» no era posible que esa voz saliera de los labios de ninguna persona de mediano criterio siquiera, pues el ménos inteligente comprende que obrar contra el mandato del monarca en una cosa tan grave como la vida de los prisioneros, habría equivalido de parte del general Marquez, á sentenciarse á muerte. El principe de Salm Salm no dice si la voz que corrió respecto de los fusilamientos, fué cierta ó no, lo cual

1867. Libre la columna imperialista de la presencia de las fuerzas liberales, siguió su marcha sin tropiezo, llegando pocas horas despues á la hacienda de Arroyo Zarco, donde pernoctó. El 17 llegó la division á la pintoresca poblacion de San Juan del Río, que dista cuarenta y tres leguas de la capital, perteneciente ya al Estado de Querétaro, y uno de los seis distritos en que éste se divide. El emperador dió pocos momentos despues de haber llegado á la expresada poblacion, la proclama siguiente: «Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército, que apenas, dos meses hace, podía principiar á reunirse y á formarse. Este día lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo: obstáculos ajenos de mi voluntad me detenían. Ahora libre de todos los compromisos, puedo seguir mis sentimientos solamente. Nuestro deber nos obliga, como á ciudadanos leales, á combatir por los dos principios más sagrados del país: por su independenciam, amenazada por hombres que, en sus miras de egoismo, quieren hacer tráfico hasta del territorio nacional, y por el orden interior, que vemos turbado todos los días del modo más cruel, con perjuicio de nuestros conciudadanos pacíficos. Libre toda nuestra accion de toda presion extranjera, procuraremos man-

debió aclarar, segun mi creencia, pues con su silencio deja en duda á sus lectores de si se efectuaron ó no los fusilamientos. La honra de todo individuo es muy sagrada; y es muy triste para el hombre de buenos sentimientos, ver la facilidad con que algunos escritores admiten, sin un escrupuloso exámen, aquellas noticias que puedan perjudicar la honra ajena. Ni el general Marquez ni ninguno de los jefes que iban en la columna pensó en fusilar á nadie, ni fué fusilado ningun prisionero.

tener y llevar muy alta la honra de nuestra gloriosa bandera tricolor. Yo espero que los generales á sus oficiales, y éstos á sus tropas, les darán el noble ejemplo de la más estricta obediencia y la más severa disciplina, indispensables en un ejército que debe realzar la dignidad nacional. De valor y resolucion es inútil hablar á los mejicanos: es el patrimonio de nuestro país. Al animoso general Marquez le he nombrado jefe de mi Estado Mayor. He repartido el ejército en tres cuerpos: el primero á las órdenes del valiente general Miramon; el segundo á las de su actual jefe, y el tercero á las del intrépido general Mejía. Espero de un momento á otro la llegada del valeroso general Mendez, con sus fieles y aguerridas tropas, que se unirán al segundo cuerpo. Ya tengo á mi lado al patriota general Vidaurri, que va á organizar sus tropas lo más pronto posible y abrir la campaña en el Norte. Tengamos confianza en Dios, que protege y protegerá á Méjico, y combatamos con indomable energía bajo esta sagrada invocacion: ¡Viva la independenciam!»

La columna emprendió su marcha al amanecer del día 18, y pernoctó en el Colorado que sólo dista cuatro leguas de Querétaro; y en la mañana del 19 llegó el emperador con sus tropas á esta última ciudad, sin que en su marcha hubiese vuelto á haber ningun otro incidente.

1867. El general D. Miguel Miramon que tenía noticia de que se aproximaba Maximiliano á Querétaro, dictó todas las disposiciones que juzgó convenientes para hacerle una recepcion brillante. Las tropas que había en la ciudad estaban formadas desde la puerta de entrada de la poblacion llamada *Garita de Méjico*

hasta la casa destinada á la habitacion del soberano, y una batería de campaña situada al flanco izquierdo del camino, estaba dispuesta para hacer el saludo á S. M. Los generales D. Miguel Miramon, D. Tomás Mejía, don Severo del Castillo, Liceaga y otros, así como varios jefes y oficiales de distintas graduaciones esperaban al jóven emperador al pié de la Cuesta China. Casi la poblacion entera, pues era muy adicta al monarca, se había agolpado al sitio de entrada y á las calles por donde tenía que pasar. Los balcones y las azoteas se veían, literalmente, llenas de gente que manifestaba su entusiasmo y regocijo.

Cuando el emperador llegó al sitio en que le esperaban los generales, bajó del arrogante caballo que montaba, y dió la mano á D. Miguel Miramon y D. Tomás Mejía, con los cuales estuvo hablando en tanto que el general D. Leonardo Marquez, á quien se había adelantado, llegaba con las tropas. Pronto llegó la columna; y entonces volviendo á montar en su corcel, y acompañado de los expresados generales, entró en la ciudad en medio de las más entusiastas aclamaciones, de los repiques de campanas, de la detonacion de los cohetes y de las salvas de artillería.

El doctor D. Samuel Basch, que acompañaba al emperador, como médico suyo, dice hablando de la recepcion hecha al soberano en Querétaro, las siguientes palabras: «La entrada de S. M. en la poblacion fué brillante, habiéndosele hecho una acogida entusiasta que manifestaba el júbilo más sincero. Al aproximarnos á las fortificaciones exteriores principiaron las salvas de artillería, las

calles estaban llenas de gente, y los *vivas* del pueblo se hacían oír sin interrupcion. Un poeta aprovechó tan oportuna ocasion, para inspirarse componiendo un himno al emperador que se arrojaba impreso á los concurrentes, los cuales se lo disputaban como cosa de gran precio. S. M. fué recibido en el Casino Español, donde se le había preparado alojamiento, por los jefes militares y autoridades civiles, acompañándole todos acto continuo á la Catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*. El general Miramon y el prefecto general Escobar arengaron á S. M.: el último terminó su discurso con las siguientes palabras: *Dios os bendiga Señor y á nosotros tambien; y que la posteridad os proclame con el justo titulo de gloria, de Maximiliano el Grande.*»

Otro testigo ocular, el instruido abogado mejicano don Ignacio Alvarez, describiendo el regocijo manifestado por el pueblo de Querétaro en esa recepcion hecha á Maximiliano, dice en su apreciable obra, intitulada: *Estudios sobre la historia general de Méjico*: «Es indecible el júbilo y entusiasmo con que toda la poblacion le recibió. Apenas había recorrido las principales calles, cuando se vió rodeado por un concurso tal de gente, que completamente le aislaron de los generales y demás personas de su acompañamiento.»

En seguida de haber llegado al edificio que le estaba destinado para habitacion, se dirigió, acompañado de todas las autoridades á la Catedral donde se cantó un solemne *Te Deum*. Terminado este acto religioso, regresó á su alojamiento, donde recibió las felicitaciones de las autoridades militares así como de las civiles, contestando